

á las palabras acompaña la sinceridad del sentimiento. Pero, dicho sea en honor de la verdad: ¿no es cierto, certísimo que Abrahán y todos los hombres y todas las naciones son menos que polvo en el divino acatamiento, diciendo Isaías: *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo*<sup>1</sup>? Por consiguiente los mayores santos, así como los más grandes hombres, los magnates y señores de la tierra no hacen más que rendir homenaje á la verdad anonadándose en la presencia del que es *solo Señor y solo Altísimo*<sup>2</sup>: esta humildad es más bien de entendimiento que de corazón. María, al presentarse en el templo para ser purificada, siendo la misma pureza y santidad, como madre del Santo de los santos, se abate voluntariamente por efecto de su caridad ardentísima para con Dios y los hombres. De ella puede decirse lo que de Cristo Señor nuestro dice el citado santo Doctor: «Fué humilde con aquella humildad á que le indujo el afecto del corazón, no con aquella otra que le arrancara la convicción de la verdad.»<sup>3</sup> ¿Qué mucho que humildad tan profunda fuese también sobre manera meritoria? Esto vamos á comprobar en la segunda parte.

## II.

8. Bastaría considerar, hermanos carísimos, á qué actos tan heroicos de virtudes llevó á María en este misterio su humildad profunda. Que no en vano es fundamento de todas, como unánimemente enseñan los maestros de la vida espiritual. Y, no sólo fundamento y base de toda virtud sólida es la humildad cristiana,

<sup>1</sup> Is. 40, 17.<sup>2</sup> Ecclesia in hymno angel.<sup>3</sup> S. Bern. l. c.

sino germen fecundo de donde todas ellas brotan bajo el celestial influjo del Espíritu Santo, que se complace en derramar torrentes de gracias en corazones vacíos de sí mismos. Como Jesucristo se humilló obedeciendo al decreto eterno de su Padre que le ordenaba morir en la cruz<sup>1</sup>, así María se humilló obedeciendo á la ley que, aunque no dada para ella<sup>2</sup>, expresaba sin embargo el beneplácito del Señor. ¡Con qué sumisión tan completa, con qué afecto de amor, con qué fervor de espíritu se apresta la santa Doncella al cumplimiento de la ley mosaica cuando ve que han transcurrido los días de su purgación, no real sino puramente legal, *secundum legem Moysi*, abandonando aquellos sitios tan queridos donde, en medio de la falta de todo, todo lo tenía con solo Jesús que, siendo Dios, la acariciaba dulcemente como los niños á sus madres! ¡Obediencia sublime la de María! ¿qué cualidad le faltó de cuantas deben concurrir para hacerla acabada y perfectísima? Espontaneidad, sencillez, hilaridad, prontitud, fortaleza y perseverancia: ¿qué faltó á la obediencia de la Virgen-Madre en el acto de someterse á la purificación? Deducid de aquí cuánta no debió de ser la excelencia del mérito de su humildad. Mejor que á la célebre Ruth pueden aplicarse á María las palabras de Booz: *Reddat tibi Dominus pro opere tuo*: ¡El Señor te recompensará como lo merece tal obra; el Dios de Israel á cuya casa viniste, sabrá galardonarte plenamente!<sup>3</sup> Y, si á Jesús le mereció la imposición de este nombre gloriosísimo su obediencia generosa, como afirma el Apóstol, también podemos creer que á la obediencia de María le cupo en recompensa la gloria y el poder que coronan

<sup>1</sup> Phil. 2, 8.<sup>2</sup> Esth. 15, 13.<sup>3</sup> Ruth 2, 12.

su nombre, inferior solamente al de Jesús. La obediencia, hermanos míos, entendiendo por esta virtud la completa sumisión de la voluntad humana á la ley y voluntad divinas, es fuente copiosa de merecimientos, como lo es de victorias<sup>1</sup>. Por la obediencia de un solo hombre, esto es, del Hombre-Dios, dice San Pablo, *serán justificados muchos*<sup>2</sup>, porque con ella mereció el Salvador la salvación de todos. Pero ¿qué es la obediencia así entendida y practicada sino aquella humildad perfectísima que, según el gran maestro de espíritu, San Ignacio de Loyola, consiste en que «así me baje y me humille ... que en todo obedezca á la ley de Dios nuestro Señor»<sup>3</sup>, aspirando de este modo á imitar al vivo á Cristo que, por obedecer al eterno Padre, se abrazó con la pobreza y el desprecio? No cabe duda, según esto, que la humildad de la Virgen Santísima, la más semejante á la de Cristo Jesús, fué para ella por extremo meritoria.

9. Y ¿qué mayor recompensa pudo merecerle, que hacerla en supremo grado semejante al mismo Jesús, á quien en este misterio se propuso imitar, como piensa Dionisio el Cartujano? Quiso María someterse á la ley de la purificación para imitar á su hijo, á quien vió sujeto á la otra ley de la circuncisión<sup>4</sup>. Esto mismo dijo San Bernardo, dirigiéndose á la Virgen con suavísimas palabras, como suele: «¡Oh Virgen bienaventurada, verdaderamente tú no tienes causa ni necesidad de purificación; pero ¿acaso la tuvo el Hijo tuyo para ser circuncidado? Preséntate, pues, en medio de las mujeres, como si fueras una de ellas, que también tu

<sup>1</sup> Prov. 21, 28.      <sup>2</sup> Rom. 5, 19.

<sup>3</sup> Exercitia spirit., 2. hebdom.

<sup>4</sup> Dionys. Carthus. apud Avancini, Medit.

Hijo se presentó como otro cualquiera entre los niños.»<sup>1</sup> ¿Qué mayor gloria, repito, para quien sabe estimarla, que la de conformarse y asemejarse todo lo más posible al Hijo de Dios humanado, modelo divino de toda perfección? Conformarse con la imagen del Hijo de Dios, asemejarse á Jesucristo es, según el Apóstol<sup>2</sup>, llevar el sello de la predestinación, como quiera que no pueden ser coherederos de la gloria de Cristo, sino aquellos á quienes Cristo adoptare por hermanos, imprimiéndoles su divina fisonomía. He aquí, carísimos oyentes, el único procedimiento capaz de ennoblecer al hombre vil y bajo por natural condición, y más envilecido todavía por la corrupción original y personal: asemejarse á Cristo, revestirse de su divina personalidad, según la enérgica frase de San Pablo: *Christum induistis*<sup>3</sup>. Y esta semejanza debe resplandecer en las obras, que son el ropaje de virtud y justicia del hombre nuevo, sobre cuya frente refleja la santidad de Dios. ¿Cuáles hayan de ser estas obras, nos lo declara el ejemplo del mismo Jesucristo, quien en los diversos pasos de su vida mortal, desde el pesebre hasta el sepulcro, fué marcándonos las huellas de todas las virtudes, y señaladamente de la humildad de corazón. Bien lo comprendió María, la cual, en calidad de madre, debía ser la más próxima y semejante á Él, no sólo según la carne, sino según el espíritu, puesto caso que le había concebido, antes que en sus entrañas, en su corazón virginal<sup>4</sup>. Por ese motivo le siguió tan de cerca en el cumplimiento de la ley de la purificación dada para las madres, así como la de la circuncisión se había dictado para los hijos.

<sup>1</sup> Serm. de Purific.

<sup>2</sup> Rom. 8, 29.

<sup>3</sup> Gal. 3, 27.

<sup>4</sup> Leo M., Serm. 1 de Nativ. Domini.

Hijo y madre debían marchar juntos por el sendero de la ley, por el camino de la humildad que conduce á la gloria verdadera. Miradlos juntos entrar en el suntuoso templo de Zorobabel, yendo Jesús en brazos de María, para cumplir á la vez la obligación que la ley impone á cada uno: á la madre, la de purificarse por la ofrenda; al hijo, la de ser rescatado á bajo precio. ¡Cuán gozosos ofrecen este voluntario sacrificio, satisfechos de cumplirlo en íntima unión de voluntades, como si no fuesen los dos más que un solo corazón y una sola alma! ¿Qué recompensa más dulce que esta unión para el corazón de María? ¿No fué por esto solo bastante meritoria su humildad?

10. Pero aún le mereció otra gracia singular que paso á exponeros brevemente. Hubiérase creído imposible el más pequeño incremento de pureza en aquella que con el alumbramiento divino había rayado, por decirlo así, en el punto más elevado de pureza virginal. Aquel parto milagroso, según dejamos observado, no hizo más que sellar y consagrar una virginidad sin ejemplo, que era el encanto del Señor<sup>1</sup>. Y, á pesar de ser esto verdad, no lo es menos que la purificación legal produjo nuevo lustre, y algo así como mayores quilates, á aquella pureza incomparable. Y este aumento de pureza, reconocido por los Padres de la Iglesia<sup>2</sup>, no se verificó ciertamente por el alejamiento de lo impuro, que no lo había en la purísima Virgen, sino por aproximación á lo sumamente puro, por cuanto, como hemos ya considerado, por este acto de humildad se asemejó aun más la santa Madre á su hijo Jesús, el cual, siendo

<sup>1</sup> *Guerric. Abb.*, Serm. 4 de Purific.

<sup>2</sup> *Avancini*, Vita et doctr. Iesu Christi, hebdom. 2 post Epiphan.

Dios, es la fuente de toda pureza y santidad. Al que es infinitamente puro, como Cristo, no puede un alma aproximarse, sin purificarse más y más, así como se va aclarando por grados un objeto á medida que se acerca al foco de inmensa luz que brilla en lo alto de los cielos. De esta suerte fué galardonada en María aquella su humildad profunda que, á medida que la hacía bajar al abismo de su propia nada, hacía subir á las alturas inaccesibles de la gracia, según aquel decreto de la Providencia: *El que se humilla será ensalzado*<sup>1</sup>. Y todavía ¿no apreciaremos, hermanos míos, el valor y la necesidad de la voluntaria humillación? ¿Hay acaso otro camino para subir á la gloria? ¿No es éste el trazado y trillado por el mismo Salvador, el cual no subió á los cielos sino por haber descendido hasta el centro de la tierra?<sup>2</sup> Imitemos, cristianos, á aquella hermosa hija del Rey celestial, cuya humildad, en medio de tanta grandeza, obligó al divino Esposo á apostrofarla diciéndole: *¡Qué bellos son tus pasos y el calzado de tus pies, oh hija del Príncipe!*<sup>3</sup> Bella, encantadora es á los ojos del mismo Dios la humildad de María en el misterio de la Purificación; y, por eso, ninguna tan ensalzada en el acto como aquélla. Tal será el asunto de vuestra atención en la tercera parte.

### III.

11. No es mi ánimo, católicos oyentes, exponeros el cuadro de la exaltación de María como premio y recompensa de su humildad en general. Ella misma lo dejó bosquejado en aquellas valientes pinceladas del cántico de su humildad: *Fecit mihi magna qui potens*

<sup>1</sup> Luc. 14, 11.

<sup>2</sup> Eph. 4, 9.

<sup>3</sup> Cant. 7, 1.

*est*; y: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*: Porque hizo en mí cosas grandes el Todopoderoso, he aquí que todas las generaciones me aclamarán bienaventurada<sup>1</sup>. Intento solamente haceros ver cómo la gloria verdadera, aquella que procede de Dios y se apoya en la verdad, siguió inmediatamente á la humillación de la Santísima Virgen en el misterio que hoy celebramos. No aguardó el Señor á que transcurrieran los siglos para glorificar á la criatura que tanto le glorificaba con su abatimiento. Porque, en primer lugar, ¡qué gloria para María la de ofrecer por vez primera en el templo del Altísimo aquella Hostia sacrosanta del Niño Dios, presentándolo al eterno Padre con sus mismas manos, y sacrificándolo con los afectos más ardientes de su maternal corazón! ¿No veis á la Virgen-Madre adornada en este día con la tiara de gran sacerdotisa del Nuevo Testamento? ¿Quién desempeñó mejor ni antes que ella las funciones del sacerdocio cristiano? Verdad es que aquí el sacerdote principal es el mismo Jesús que se ofrenda como víctima á la justicia eterna; pero conjuntamente con Jesús sacrifica María, entrando así con toda verdad en parte del sacerdocio de Cristo, como claramente lo demuestran las expresiones de los Padres y doctores. Oíd á San Bernardo que dice: «Hoy es presentado al Criador de la tierra el fruto de la tierra sublime; hoy se ofrece en el templo por manos de la Virgen la Hostia agradable á Dios y capaz de aplacarle.»<sup>2</sup> ¡Oh! ¡y cómo campea en este acto solemne la dignidad de la Virgen, llamada con razón tierra sublime, como si dijera montaña colocada sobre la cumbre de todas las montañas! Así también se dijo

<sup>1</sup> Luc. 1, 49 y 48.

<sup>2</sup> S. Bern., Serm. 2 de Purific.

de María, según la común interpretación, que sus ciementos estaban labrados en los montes santos, para significar que la sublimidad de esta Reina de los santos está por encima de toda otra grandeza y santidad. «Monte fué la Beatísima Virgen María, dice el Papa San Gregorio Magno, porque la dignidad para que fué elegida, trasciende toda la elevación de las más eminentes criaturas.»<sup>1</sup> «Y ¿quién podrá ponderar la excelencia de la oblación que ella hace en este día, no siendo otra la hostia que aquel niño que era al mismo tiempo el Primogénito de los hombres y el Unigénito de Dios: *Hostia Deo placens et placibilis*, que dijo San Bernardo? Mas, ya que el tiempo no me permite explanar debidamente esta gloria de la Virgen, medítadla vosotros, y dejad que pase á indicaros otro título de sus grandezas.

12. María trataba de ocultarlas todas á los ojos humanos, y Dios quiere descubrirlas, si bien no á todos, porque no era todavía tiempo, á lo menos á ciertas almas escogidas, de corazón limpio y vista clara y penetrante, como el anciano Simeón y Ana la santa profetisa. Y ¿no os parece bastante este descubrimiento para contrarrestar con peso de gloria la sublime humillación de María? Conoció, pues, aquel varón justo, favorecido con extraordinarias comunicaciones del Espíritu Santo, que el niño que llevaba María en sus brazos, no era otro que *el Cristo del Señor*, á quien él debía ver y gozar con sus propios ojos, según la divina promesa; y, al tomarlo en sus manos para ofrecerlo al Señor, cuyo sacerdote era, bendijo á Dios y prorrumpió en aquel cántico de acción de gracias que los siglos

<sup>1</sup> Gregor. M. apud Cartagena.

no han acabado de repetir: *Nunc dimittis*. Da gracias al Eterno porque le ha permitido mirar y contemplar aquel Salvador divino, tanto tiempo anunciado y esperado por los hombres, y á quien tantos patriarcas, reyes y profetas ansiaron ver y no vieron. *Quia viderunt oculi mei salutare tuum*. ¿Qué sentiría la augusta Madre del Mesías al escuchar aquellos celestiales acentos del moribundo cisne de Israel? Y ¿con qué ojos tan llenos de asombro, amor y reverencia se fijaría el santo anciano en aquel rostro de la Virgen en quien reconocía á la Madre del Salvador, del Dios hecho hombre para iluminar á las naciones? ¿Cuál sería el concepto que de la grandeza de esta Virgen-Madre formaría el inspirado profeta? ¿No alcanzaría á entrever, aunque todavía veladas con las sombras del misterio, sus inefables prerrogativas? También Ana, la virtuosa viuda, debió de conocerlas; y, no contenta con alabar al Señor, publicaba las grandezas de Jesús y de María entre las buenas gentes que aguardaban la hora de la redención.

13. ¿Podía ser más ensalzada, cristianos oyentes, la humildad de la Virgen? Pues, como si todavía algo faltara á su gloria, he aquí que, por boca del mismo Simeón, se le revelan los altos destinos que, al lado de su hijo, le reservaba la mano de Aquel que ha decretado engrandecerla sin medida. *Este niño, dícele el profeta, está destinado para ser la ruina y la resurrección de muchos, para blanco de contradicción.... Y la espada que le herirá á él, traspasará también tu corazón*. ¡Qué sublimidad de puesto á que Dios quiere elevar á una pura criatura! Hacerla quiere compañera del Redentor, corredentora con Él del género humano. ¿Podía imaginar María mayor elevación? Pues ved aquí ensalzada del modo más espléndido la humildad que

hoy celebramos personificada en la Virgen de la Purificación ó de la Candelaria.

14. Volved, católicos habitantes de Medellín, hacia esta Virgen vuestras piadosas miradas. En ella fijaron las tuyas vuestros venerandos mayores, aclamándola Señora y Patrona de esta antigua villa, hoy floreciente ciudad. Fincad en esta Virgen, depositaria de los tesoros del cielo, vuestras más dulces esperanzas. Todo lo puede con sus ruegos la que ha sido sublimada tanto por el Dios que ama con predilección á los humildes, por Aquel que *miró la humildad de su esclava*. Y concurrid con las mil voces del mundo católico al cumplimiento de la gran profecía de la humilde Virgen que anunció con la vista fija en Dios, que todos los siglos la habían de aclamar dichosa: *Beatam me dicent...* ¡Dichosas también las almas que la imitan! ¡Dichoso el pueblo que la honra y la bendice! ¡Dichosa Medellín bajo el amparo de la Virgen de la Candelaria! Así sea.

## PANEGÍRICO DE LA VIRGEN DOLOROSA

(predicado en Cartago, C. R., marzo de 1880).

### María, modelo y lenitivo del dolor.

Non vocetis me pulchram, sed... amaram...  
Ruth 1, 20.

1. ¡Los dolores de María! ¡qué corazón cristiano no se entenece al sólo oírlos anunciar año tras año por la voz de la Iglesia, en este viernes de la semana de Pasión que parece preludiar el Viernes santo! ¿Quién no siente desgarrado de dolor el pecho al oír, inter-